

Dificultades atencionales en la escuela: Un estudio de caso

Attentional difficulties in school: A case study

Sebastián Olave Maldonado¹

En la actualidad es común encontrar en la clínica con niños, un sinnúmero de diagnósticos de trastorno por déficit atencional con o sin hiperactividad, fenómeno que es posible entender como una categoría que responde a una lógica de esta época (Untoiglich, 2009). La propuesta de este estudio de casos es plantear la posibilidad de que esta tendencia tendería a obturar cualquier posibilidad de pensar en torno a la particularidad del sufrimiento, identificando sólo los signos presentes en el trastorno, con el fin de eliminarlo. A diferencia del trastorno, la problemática entendida como una dificultad atencional, corresponde más bien a una patología actual que puede tener múltiples causalidades, no necesariamente una de carácter orgánico, que habrá que analizar cada vez para cada niño en particular. En este caso, se busca poner el acento en lo mencionado por Untoiglich (2009) quien señala que en muchas oportunidades estas dificultades se relacionarían con una falta de amparo donde el niño no encuentra a un intermediario que lo sostenga y le brinde los elementos para procesar estas situaciones que lo superan en sus capacidades psíquicas.

Palabras claves: trastorno de déficit atencional, hiperactividad, dificultades atencionales, subjetividad

It is now common to find in the field child clinical psychology, countless diagnoses of attentional deficit disorder with or without hyperactivity, a phenomenon that can be understood as a category that responds to the logic of this time (Untoiglich, 2009). The purpose of this case study is to raise the possibility that this trend may hinder any possibility of thinking about the particularity of suffering, identifying only the signs present in the disorder, in order to eliminate it. Unlike the disorder approach, attentional problems framed as a difficulty corresponds to a condition that can have multiple causalities, not necessarily organic in nature, which have to be analyzed each time for each individual child. In this case study, it is emphasized Untoiglich's (2009) view, who noted that in many instances these difficulties would be related to a lack of protection where the child does not find an intermediary to hold him and give him the elements to process these situations that exceed his psychic abilities.

Keywords: attentional deficit disorder, hyperactivity, attentional difficulties, subjectivity

Recepción del artículo 1 de octubre de 2014. Aprobación del artículo 22 de octubre de 2014.

¹ Psicólogo, Universidad Alberto Hurtado. Diplomado en Psicología en el Aula, Pontificia Universidad Católica de Chile. Diplomado en Psicodiagnóstico Infante Juvenil, Pontificia Universidad Católica de Chile. Magister (c) en Psicología Clínica Psicoanalítica de Niños y Jóvenes. Universidad Alberto Hurtado. Correo electrónico: seba.olave@hotmail.com

Introducción

En la actualidad es común encontrar en la clínica con niños, numerosos diagnósticos de trastorno por déficit atencional con o sin hiperactividad, fenómeno que es posible entender como una categoría que responde a una lógica de esta época, en la cual el mismo ejercicio de diagnosticar parece hiperactivo (Untoiglich, 2009). No obstante, si bien esta tendencia parecía emerger con mayor presencia a nivel escolar y médica, se reconoce cómo esta modalidad de abordaje frente a la problemática de la atención tendería a obturar cualquier posibilidad de pensar en torno a la particularidad del sufrimiento, ya que el objetivo de la intervención tiende a enfocarse a la eliminación de los síntomas, con las herramientas e instrumentos que se cataloguen como más efectivos según los discursos especializados en el tema.

A partir de estas reflexiones, surge como interés desarrollar en base a un estudio de caso clínico, perspectivas y discusiones en torno a los modos en que esta problemática se está enfrentando, la cual –desde lo cuantitativo y cualitativo– se hace más presente en el discurso familiar, escolar y médico. En un contexto que ha tomado un cariz vertiginoso y que se caracteriza por intervenciones que combinan diagnóstico, medicación y terapia conductista (Janin, 2010), este trabajo busca aportar a nuevas problematizaciones mediante la mirada psicoanalítica, la cual busca introducir una nueva perspectiva, dentro de la que pueda otorgarse un estatus distinto a las dificultades de un niño. Para esto, se desarrollará una discusión teórica-clínica en torno al caso de Cristóbal, un menor con el cual se trabajó en el contexto clínico-educativo de un colegio de Santiago.

A nivel teórico, es importante señalar la diferencia del trastorno frente a la problemática entendida como una dificultad atencional, ya que al rescatar la última designación ésta se corresponde más bien a una patología actual que puede tener múltiples causalidades, no necesariamente una de carácter orgánico –como en la denominación del trastorno de déficit atencional–, que habrá que analizar cada vez para cada niño en particular. En este caso, se busca poner el acento en lo mencionado por Untoiglich (2009) quien señala que en muchas oportunidades estas dificultades se relacionarían con una falta de amparo donde el niño no encuentra a un intermediario que lo sostenga y le brinde los elementos para procesar estas situaciones que lo superan en sus capacidades psíquicas. Con esto se quiere dar a entender que las

fallas de la estructuración del aparato psíquico y el desarrollo del pensamiento derivan de conflictos que incluyen en su producción a varios individuos. Al respecto, los aportes de Winnicott (2007) pueden abrir líneas de reflexión importantes en esta temática:

Los niños llevan a la situación escolar dudas y sospechas que corresponden a sus propios caracteres y experiencias, que son parte esencial de las distorsiones emocionales del desarrollo; asimismo, los niños siempre pueden deformar lo que encuentran en la escuela, porque esperan encontrar allí una repetición de su ambiente hogareño, o bien lo opuesto a éste.

Finalmente, este ejercicio de reflexión teórico clínica busca ser una propuesta hacia una nueva orientación del proceso de análisis, que permita iluminar el camino a recorrer, entendiendo que la reflexión en torno a los antecedentes aquí relatados no se agota en estas líneas y que responden a un proceso que se mantiene en el tiempo. Por esto, más que plantear una propuesta definitiva que surja como respuesta final ante la problemática, el objetivo de este estudio se alinea más bien a abrir nuevas visiones y preguntas sobre el recorrido que el déficit atencional ha adquirido en nuestro contexto.

Ahora bien, al discutir en torno a la atención y sus dificultades, emergen ciertos conceptos que se hacen imperativos de definir, para alinear la comprensión a la propuesta teórico-clínica presentada. Por esto, si entendemos el pensamiento desde Laplanche y Pontalis (1996) como “una actividad de prueba en la que se desplazan pequeñas cantidades de catexis, lo que supone una transformación de la energía libre, que tiende a circular sin trabas de una representación a otra, en energía ligada” (p. 300), podemos desprender de esto que una de las características del pensar es justamente la posibilidad que brinda al sujeto de poder vincular elementos de ordenes distintos, en lo que la centralidad de lo vincular nos permite destacar y preguntarnos por la centralidad de la experiencia emocional en el proceso de desarrollo de esta función, entendiendo que entre la madre y el niño existe efectivamente un vínculo. “El sujeto necesita un aparato para administrar los pensamientos que se constituye en la medida que existan experiencias atendibles” (Guerra, 2013).

En este sentido, la actividad que conocemos como el pensar fue en su origen un procedimiento para descargar a la psique del incremento de estímulos y el mecanismo es el descrito por Melanie Klein como identificación proyectiva (Bion, 1980). Para el infante es posible disociar

temporalmente partes indeseables y colocarlas en un objeto, estos elementos son experiencias emocionales sin metabolizar, aquello que es incapaz de ser procesado por la mente del niño y que Bion (1980) llamará elementos beta, susceptibles de convertirse en elementos alfa por medio de la función alfa, otorgando un sentido a algo que de otro modo no sería más que un terror sin nombre. El impacto de uno sobre el otro es una experiencia emocional susceptible de ser transformada y que da origen al pensamiento, con lo cual se puede tolerar también la frustración, que juega un papel fundamental en la producción de tensión que moviliza al aparato psíquico.

Habitualmente, es la madre quien le permite al niño metabolizar lo displacentero, otorgándole posibilidades representacionales. Si no se le da un sentido, si el malestar experimentado por el niño no es escuchado como un llamado, esto interfiere en las posibilidades de ir armando su capacidad de llevar a la palabra o comunicar. El pensamiento, y por esto la atención, surge entonces como un proceso intersubjetivo, que sólo tiene sentido si es mediado por otro. Esta idea nos ayuda a problematizar el foco individualista que el trastorno –en tanto causa orgánica y propia del sujeto– ha ido constituyendo en el discurso médico, escolar y familiar. Parece entonces más complejo trabajar en base a la idea intersubjetiva del déficit, ya que implicaría una dificultad y trabajo no sólo del niño, sino también del ambiente.

Al respecto, Winnicott (2007) expone lo siguiente:

El hecho es que las primeras etapas del desarrollo emocional están llenas de conflicto y desintegraciones potenciales. La relación con la realidad externa no está firmemente arraigada; la personalidad no está del todo integrada; el amor primitivo tiene una finalidad destructiva y el niño pequeño no ha aprendido todavía a tolerar y manejar los instintos... al comienzo necesita vivir en un círculo de amor y fortaleza para que no experimente temor frente a sus propios sentimientos y sus fantasías y pueda progresar en su desarrollo emocional (p. 187).

La madre debe hacer una adaptación suficientemente buena a las necesidades del niño, pues de lo contrario éste inevitablemente desarrollará defensas que distorsionarán el proceso; “por ejemplo, la criatura deberá asumir las funciones del medio si éste no resulta confiable, de modo que existe un self verdadero que está oculto, y no vemos más que un falso self dedicado a la doble tarea de ocultar al auténtico y someterse a las exigencias que el mundo le plantea permanentemente” (Winnicott, 1979, p. 45). La poca disponibilidad del ambiente –corporizado

por la madre, pero que apela más bien a una función— dificultaría la capacidad de mediar de forma adecuada los distintos estímulos que el ambiente ofrece, problemática similar a la sintomatología descrita para el déficit atencional.

Sabemos que el niño no puede salir airoso sin el cuidado continuo de una persona, la madre debe estar disponible para sostener la situación en el tiempo; no sólo debe estarlo físicamente, sino que además debe estar lo bastante bien como para mantener una actitud congruente, con el fin de que el niño pueda experimentar en repetidas ocasiones las angustias asociadas a los impulsos instintivos, así como la reelaboración posterior a estas experiencias (Winnicott, 1988). El camino de la simbolización está motorizado por la ausencia tanto como lo estaría por la presencia del objeto. Si no hubo presencia, si la ausencia fue absoluta, el resultado no es la simbolización, sino el agujero en la trama representacional. Si un niño, en lugar de realizar sucesivas traducciones de sus deseos y encontrar satisfacciones sustitutivas, tiene que ocupar toda su energía en mantener reprimidos sus deseos, no podrá tenerla disponible para explorar nuevos conocimientos.

Así mismo, para que el sujeto pueda acceder a los recuerdos debe poder recurrir a un sistema de representaciones que es completamente simbólico, y para que la persona pueda representar, primero debe poder tener acceso a la experiencia e inscribirla en el psiquismo. Como fenómeno automático y como señal de socorro, la angustia demuestra ser producto del desvalimiento psíquico del lactante (Janin, 2011, p. 130).

Ahora bien, Melanie Klein (1971) diría que “la temprana conexión entre el impulso epistemofílico y el sadismo es muy importante para todo el desarrollo mental” (p. 41). El niño mismo desea destruir su objeto libidinoso, devorándolo y cortándolo, lo que le provoca angustia, ya que el despertar de la tendencia edípica es seguido por la introyección del objeto, el que podría transformarse en alguien o algo de lo cual esperar un castigo. Klein (1971) sostiene que el súper yo se desarrolla desde períodos tempranos al partir de identificaciones que son contradictorias, excesiva bondad y excesiva severidad coexisten y es a partir de la inscripción de esas experiencias que las frustraciones, ya sean orales o anales, se convertirán en el prototipo de frustraciones posteriores, se sienten al mismo tiempo como un castigo y producen ansiedad.

De esta forma, es posible sostener que para desarrollar pensamiento hay que poder integrar tanto lo placentero como lo displacentero. Posteriormente, si cada vez que pensamos un tema que

nos angustia hacemos un alto iremos dejando agujeros que funcionan como agujeros negros, que tienden a atraer a si todo lo que se conecta con ellos. En este sentido, un niño no podría desarrollar un aprendizaje que lo remita a pérdidas de las que no quiera enterarse (Janin, 2011). Por otra parte, Guerra (2013, p. 8) nos indica que en este tipo de dificultades:

El reclamo parental es el de que a través de su distractibilidad, el niño, está siempre llamando la atención. Y es en estas situaciones que hay que tomar las palabras con toda su fuerza expresiva del deseo inconsciente. Ya que ese llamado de atención no nos hablará ciertamente de un déficit atencional. Pero de un déficit de atención afectiva temprana, que alterando el circuito libidinal y la estructura del vínculo padres/bebe, tomará otras vías de expresión que parecería ser un síndrome de déficit atencional.

Metodología

La presente investigación corresponde a un estudio de casos clínico, basado en metodología cualitativa, por lo que no se centra en la generalización, sino que en la profundización de una situación determinada, siendo la información abordada de manera descriptiva e interpretativa. El estudio de casos es definido por Pérez (2001+) como un método de estudio cuyo objetivo fundamental es la “descripción intensiva, holística y análisis de entidad singular, fenómeno o unidad social. Son particularistas, descriptivos, heurísticos y se basan en razonamiento inductivo al manejar múltiples datos” (p. 85).

La utilización del estudio de caso favorece el aportar conocimientos para luego construir estudios de mayor complejidad, así como nuevas teorizaciones mediante el trabajo en el campo práctico, que en este caso es clínico. De este modo, siguiendo a Nasio (2001, pp. 15-16)

Un caso expresa la singularidad misma del ser que sufre y de la palabra que nos dirige. Así es como definimos un caso como el relato de una experiencia singular, escrita por un terapeuta para dar testimonio de su encuentro con un paciente y apoyar la innovación teórica. Ya sea que se trate del informe de una sesión o del desarrollo de una cura, ya sea que constituya la presentación de la vida y de los síntomas del analizando, un caso es siempre un escrito que apunta a ser leído y discutido. Un escrito que, en virtud de su modo narrativo, pone en escena una situación clínica que ilustra una elaboración teórica.

Mediante este tipo de estudio se logran explorar los aspectos subjetivos que conforman la salud mental del sujeto, con el fin de comprender las significaciones que le otorga a sus

experiencias. Así, a través de esta herramienta es posible rectificar y dar otro estatuto a la situación del niño con déficit atencional, posicionándolo como un sujeto fuente de conocimiento y también como fuente de pensamientos, representaciones, percepciones, etc., las cuales serán el foco de investigación e interpretación. Ahora bien, debido a la propuesta planteada, no basta con indagar en torno al caso del menor como único sujeto, sino también considerando a su familia, ya que en el proceso clínico con niños, los padres no dejan de tener un rol fundamental.

El caso de Cristóbal²

Cristóbal, cursó durante el año 2013 quinto año de enseñanza básica, cumplió 12 años el 12 de diciembre y es el mayor del curso, ya que de acuerdo a los antecedentes aportados por la madre, cuando cursaba primero básico, por sugerencia de la psicopedagoga, el niño debe repetir. Alejandra, la madre, relata que, en base a la evaluación y observación, la psicopedagoga determinó una “inmadurez” que le dificultaría a Cristóbal cursar un nivel con mayores exigencias y lo conduciría inevitablemente al fracaso en la adquisición de nuevos aprendizajes y saberes. Dado este escenario, entonces, el niño es derivado al neurólogo quien inicia un tratamiento medicamentoso por Trastorno de Déficit Atencional. Además, es necesario agregar como un dato importante, durante los años 2009 y 2010 acudió en reiteradas ocasiones a enfermería, debido a fuertes jaquecas, dolores de estómago y malestar general.

La primera vez que escucho hablar de Cristóbal es en un consejo de profesores, cuando una de las docentes, profesora de matemáticas, comenta que sería importante evaluarlo ya que nota serias dificultades en lo que respecta a la adquisición de conocimientos, lo ve muy distraído. A esto agrega, muy preocupada, que a pesar de explicarle en reiteradas ocasiones la materia y de muy diversas formas, él no logra comprender del todo aquello que se le indica. Además, es enfática en comentar que cuando el chico pareciera entender, pasado unos minutos vuelve a realizar las mismas preguntas, es decir “no logra entender la mecánica puesta juego”. “Quizás sería bueno aplicar una prueba de inteligencia, a lo mejor tiene un problema orgánico” dice, reproduciendo aquel discurso que de pequeño lo mantuvo en el mismo nivel por segundo año consecutivo, sin embargo, cabe destacar que ella desconoce esa situación. Frente a este comentario el resto del cuerpo docente asiente.

² Los nombres y detalles particulares a lo largo del caso y que son utilizados en el artículo son ficticios.

Posteriormente, me reúno con Cristóbal con el afán de lograr entender la demanda de los educadores, ahora, desde su punto de vista. A penas entra a mi oficina, percibo a un niño tímido, incluso, tengo la impresión de que está un poco asustado o abatido, por lo que le pregunto si efectivamente mi impresión es correcta, ante lo cual me contesta que no, pero que si está cansado y con sueño, cosa que se repite cada vez que nos juntamos. Cuando converso con su madre ella me cuenta que efectivamente “le cuesta dormir”. Sin embargo, Cristóbal, es muy cooperador, aunque bastante concreto y escueto en sus respuestas. Habla con un tono de voz bajo y sesea en algunas oportunidades. Luego, le explico que la profesora de matemática y su profesora jefe están preocupados ya que notan ciertas dificultades en la comprensión de algunas materias, especialmente en matemáticas. Ante la explicación, él me contesta que efectivamente matemáticas le cuesta mucho y que, de hecho, su madre ha decidido que debe tomar clases particulares en una institución donde enseñan un método llamado *kumon* con el propósito de practicar las distintas operaciones, partiendo de las más básicas hasta ir complejizando de a poco la tarea. También me cuenta que cada vez que no entiende algo le cuesta preguntar y pedir que repitan la información, él mismo explica: “me da vergüenza, pienso que se van a enojar”. Asimismo, me cuenta que durante la semana entrena natación, ya que desde pequeño su madre lo introdujo en éste mundo, al igual que a su hijo mayor (quien decidió retirarse, a pesar de su talento), y que es muy bueno en ésta actividad, pero que solo su mamá lo acompaña.

En uno de nuestros encuentros le pido que dibuje a su familia, siendo este dibujo bastante precario, como de un niño más pequeño, sin detalles, y donde la única diferencia entre su padre y su madre, es el largo del pelo. Además, otro elemento que me llama la atención es que tanto él como su madre aparecen sin boca. La familia es presentada en el siguiente orden: Cristóbal, su padre, su madre y su hermano mayor. Durante ésta misma sesión le pregunto si puede hacer un dibujo de él compitiendo, a lo que responde afirmativamente, pero al momento de tomar la hoja la mira y dice: “pero la piscina es muy grande”, como si el dibujo debiera tener las dimensiones reales, a diferencia de lo que sería una representación.

Antes de comunicarme con Alejandra, la madre, es ella quien me busca. Cuando nos reunimos, de inmediato, sin haber realizado alguna pregunta, me dice: “Cristóbal siempre ha sido pataletero” y, sin necesidad de hacer alguna pregunta, me cuenta una situación en la cual Cristóbal, de 2 años de edad, no paraba de llorar: “Cuando estábamos en el supermercado él se enojó porque no le compre un dulce, se puso a llorar y estuvo llorando, también, durante todo el

trayecto a casa, yo no sabía qué hacer, tiraba la mano para atrás (ya que estaba sentado en la silla para bebés) y lo zamarreaba un poco. Cuando llegamos a la casa, entré el auto y lo dejé ahí. Entré a la casa y cuando volví, después de un rato, ya estaba más tranquilo”. Ante ésta historia, le pregunté si esa reacción era habitual, a lo que responde: “Cuando Benja se enojaba, él no sabía cómo controlarlo. No lo pescaba”.

Con respecto a la situación familiar, Alejandra, señala estar separada: “es muy gritón. Yo conviví con maltrato psicológico hasta que no di más. Muchas veces hablé con él, pero nunca pescó”. Asimismo, comenta que sus hijos han sido testigos de éstos eventos y que Cristóbal en medio de las discusiones, siendo muy pequeño, podía decir cosas como: “mamá, ¿por qué no te separas?, los hombres no le gritan a las mujeres”. Y aunque en más de una oportunidad se conversa la posibilidad de buscar ayuda con psicólogos, el marido concluía que “no tenía por qué contarle su intimidad a terceras personas”.

A esta información, es necesario agregar que a pesar de indicar estar separada, Alejandra y su marido viven juntos, duermen en piezas diferentes y ella comenta que él trata de conquistarla cada vez que puede, pero sin éxito. También, me cuenta que son pocas las personas que saben de esta situación y que le gustaría rehacer su vida, pero que por un tema económico no ha buscado alternativas para cortar esta relación de una vez.

No obstante, a pesar de la historia relatada por Alejandra, Cristóbal me comenta que sus papás no están separados y no logra dar cuenta de la complejidad del escenario, al menos no lo expresa directamente y cuando conversamos sobre su familia tiendo a pensar que él preferiría no hablar del tema, como si el asunto estuviera vedado.

Discusión

En el caso anteriormente expuesto la demanda de evaluación es realizada, en primera instancia, por la institución educativa conservando la misma lógica en base a la cual se realiza una intervención que culmina con un niño inmaduro y medicado por padecer de un Trastorno de Déficit Atencional. A pesar del tratamiento recibido, que por lo demás se ajusta a los criterios más habituales de intervención, la solicitud de insertar a Cristóbal dentro de ciertas etiquetas diagnósticas se repite. En este sentido, sería el especialista el único capaz de dar cuenta de aquello que no permite la adaptación del niño a la institución. Sin embargo, desde la óptica

psicoanalítica y, sobre todo con el afán de complejizar el análisis, es posible dar cuenta de fenómenos de carácter ambiental que son fundamentales para el desarrollo de ciertas funciones, como el pensamiento, o para la estructuración del psiquismo. Será a través de la acción de una madre suficientemente buena que el niño podrá traducir aquellos elementos que exceden a su psiquismo en formación.

De esta manera, también es posible pensar el rol del profesor como alguien que pueda tolerar que el alumno ponga en duda sus palabras o desconfíe de él, tal como la madre tolera las diversas manías alimenticias de su hijo y el alumno debe estar en condiciones de tolerar el hecho de no obtener en forma inmediata o segura lo que considera aceptable (Winnicott, 2007). En este sentido, de acuerdo a lo manifestado por Winnicott (2007) el niño a lo largo de su desarrollo, mientras aprende a comportarse de forma adecuada, también experimenta intensas frustraciones, y lo que lo ayuda a lograr un comportamiento civilizado no son tanto los preceptos del profesor como la capacidad de este para soportar las frustraciones inherentes a la enseñanza.

Además, con respecto al caso en cuestión, la madre no reconoce en su contexto a un otro que la sostenga, por el contrario, manifiesta abiertamente una crisis y destacan elementos que hacen referencia a una vinculación, durante los primeros años de vida, más bien precaria entre el niño y su figura materna, en tanto la angustia experimentada por Cristóbal, quien por lo demás es considerado un niño “pataletero” (es decir, que tiende a demostrar su ira de forma exagerada) queda librada a su propio rumbo: “Cuando estábamos en el supermercado él se enojó porque no le compre un dulce, se puso a llorar y estuvo llorando, también, durante todo el trayecto a casa, yo no sabía qué hacer, tiraba la mano para atrás (ya que estaba sentado en la silla para bebés) y lo zamarreaba un poco. Cuando llegamos a la casa, entré el auto y lo dejé ahí. Entré a la casa y cuando volví, después de un rato, ya estaba más tranquilo”. Si bien, podríamos conjeturar, al estilo de Winnicott, que esta necesidad imperiosa por los dulces podría, eventualmente, hacer referencia a una necesidad de parte del niño, de extraer todo lo dulce que su madre pueda contener, me parece oportuno señalar que la asistencia de la madre, durante estados de intensa angustia, se hace indispensable ya que le permiten al niño la tramitación de esos períodos de “pataletas” otorgándoles un sentido, integrando aquello que se presenta disgregado, para dar lugar a la función del pensar.

Winnicott (2007) señala que cuando un animal, como el león, tiene hambre y persigue a una gacela y la desgarrá, éste está siendo agresivo, pero no hay sadismo, ya que es para nutrirse y sobrevivir. Cuando el niño manifiesta agresividad es porque necesita aliviarse de las tensiones que lo invaden. La madre también debe tolerar que su hijo la quiera devorar. No es con un afán de causar daño, pero el niño no puede controlar su cuerpo. La contención de la madre le permite hacerse cargo, conocer lo que es suyo, sus límites. La madre objeto de la pulsión es necesaria. Pero, durante el proceso de maduración aparece otra alternativa muy importante a la destrucción: la construcción. Al respecto, Winnicott (2007) señala:

En condiciones ambientales favorables, y mediante un proceso complejo que he intentado describir en parte, se establece una relación entre un afán constructivo y la aceptación personal, por parte del niño en crecimiento, de la responsabilidad por la vertiente destructiva de su carácter (p. 117).

Por otro lado, un elemento no menor es el historial de malestares, en apariencia físicos, que experimentó Cristóbal durante el período más crítico de la separación de sus padres. Con respecto a este punto podríamos agregar que la posibilidad de sentir los sentimientos está dada por la respuesta empática del otro que puede poner palabras a lo que el niño registra como puro displacer. Cuando no hay posibilidad de tramitar los afectos estos lleva a patologías psicósomáticas. El representante afecto se expresa exclusivamente como descarga en el cuerpo (Janin, 2011). Y de todas maneras, no deja de ser llamativo que en el ámbito escolar al menos, al contrario de las pataletas, el niño tiende a no ser problemático.

Parece ser que si el niño no encuentra una respuesta empática durante los primeros años de vida no puede dirigirse al mundo en forma focalizada y sostenida. “Si no hay quien libidine al niño y al mundo para el niño será difícil significar el mundo como deseable” (Janin, 2011, p. 54).

Sin la posibilidad lijadora que da el otro a través de la contención, el sostén, así como el ofrecerse como modelo de identificación, con coherencia interna, el niño queda librado a su propia angustia. Y el sufrimiento excesivo puede llevar a situaciones de desinvestidura extrema, de expulsión de la capacidad de pensar. En este sentido, el sufrimiento tiene una doble cara: es posibilitador y riesgoso.

“Son los deseos y fundamentalmente el deseo de saber lo que se pone en juego en todo aprendizaje, pero también la posibilidad del yo de organizar las representaciones y de sostener

pensamientos preconscientes” (Janin, 2011, p. 90). En el caso de Cristóbal, el niño tiende a quedar en una posición pasiva, receptiva, sin asimilar ni elaborar lo escuchado. Él comenta que no quiere hacer preguntas, pues siente vergüenza o cree que su profesora podría molestarse. Es decir, el conocimiento está considerado como una amenaza y si el niño piensa que saber sobre determinados temas pone en juego su integridad narcisista, puede preferir no saber y sostener que no sabe lo que está inscripto en él. Lo cual coincide, también, con una separación que no se ha concretado y que se instala como un mensaje contradictorio. “Para los niños, la contradicción entre palabras y acciones, entre principios morales, normas y actos, les dificulta constituir su propio sistema normativo, pero también sentirse parte de un mundo protector (...) El mundo pasa a ser peligroso, impredecible” (Janin, 1996, p. 15). Para estructurar nuevos saberes es necesario romper ideas y pensamientos. La apropiación de los conocimientos no es una pura incorporación de lo ya dado, supone la transformación de sí mismo y del objeto. El niño que repite formulas puede hacerlo como un simple ejercicio de memoria inmediata, que no supone aprendizaje. En relación a esto, Janin (2011) indica:

De hecho, para aprender algo tenemos que apropiarnos del problema, desmenuzarlo, hacerlo trizas, hasta sentir que nos apoderamos de él. Esto es más evidente aun en el niño. Desde que toma un objeto y lo manipula, y lo muerde o lo arroja, o se para desafiante ejerciendo ese nuevo poder sobre su musculatura, inicia un camino en que su cuerpo es instrumento para dominar al mundo y a sí mismo. Si un niño no puede ejercer ese poder, si queda atrapado en una posición pasiva frente al otro, no podrá adueñarse de sus movimientos para escribir ni armar y desarmar palabras y sonidos, ni romper saberes previos para adquirir otros nuevos (p. 114).

Si el niño, entonces, no cuenta con ésta posibilidad ligadora o con experiencias atendibles y por el contrario experimenta la expresión de su angustia como dañina para el objeto, primando ansiedades de carácter persecutorio, el súper yo se transforma en algo que muere, devora corta. Cuando el impulso epistemofílico aparece lo hace simultáneamente con el sadismo. Se trata de acceder al mundo exterior a través del cuerpo de la madre, conociendo y atravesando este cuerpo, aunque en el riesgo de que en ese mismo movimiento el cuerpo sea destruido por la fuerza del sadismo. Estas circunstancias hacen que la frustración sea sentida más agudamente y esa a angustia contribuye a hacer más penosas todas las frustraciones ulteriores (Klein, 1971). En el

caso de Cristóbal, el saber se torna peligroso y los silenciamiento generan desestabilizaciones inhibiendo el deseo de saber.

Referencias

- Bion, W. (1980). *Aprendiendo de la experiencia*. Barcelona: Ed. Paidós.
- Guerra, V. (2013). *Síndrome de déficit de atención con hiperactividad, una perspectiva psicoanalítica: El falso self motriz*.
- Janin, B. (1996). La infancia, la constitución de la subjetividad y la crisis ética. *Cuestiones de Infancia*, 1, 3-19. Disponible en: <http://dspace.uces.edu.ar:8180/xmlui/handle/123456789/443>
- Janin, B. (2010). *Niños desatentos e hiperactivos: Reflexiones críticas acerca del trastorno por déficit de atención con o sin hiperactividad*. Buenos Aires: Ed. Noveduc.
- Janin, B. (2011). *El sufrimiento psíquico en los niños: Psicopatología infantil y constitución subjetiva*. Buenos Aires: Ed. Noveduc.
- Klein, M. (1971). *Psicoanálisis del desarrollo temprano: Contribuciones al psicoanálisis*. Buenos Aires: Ed. Paidós.
- Laplanche, J., & Pontalis, J.B. (1996). *Diccionario de Psicoanálisis*. (Trad. F. Gimeno). Barcelona: Ed. Paidós.
- Nasio, J. (2001). *Los más famosos casos de psicosis*. Buenos Aires: Paidós.
- Winnicott, D. (1979). La agresión en relación al desarrollo emocional: Escritos de Pediatría y Psicoanálisis. En D. Winnicott, *Escritos de pediatría y psicoanálisis* (pp. 275-294). Barcelona: Ed. Paidós.
- Pérez, G. (2001). *Investigación Cualitativa. Retos e interrogantes*. Madrid: La Muralla.
- Winnicott, D. (2007). *El niño y el mundo externo*. Buenos Aires: Ed. Hormé.
- Winnicott, D. (1988). *La naturaleza humana*. Buenos Aires: Paidós.
- Untoiglich, G. (2009). Patologías actuales en la infancia: El trabajo con los padres en la clínica con niños. *Revista on-line de AAPIPNA*, 1 (2). Disponible en: <http://aapipna.es/Revista-2/Articulo-de-Gisela-Untoiglich.pdf>